

Más pruebas del parentesco del vasco con el caucásico y con las lenguas uralo-altaicas

En el cuaderno 60 de este mismo BOLETÍN, tomo XII, diciembre de 1925, publiqué un artículo en el que trataba de las locuciones castellanas *cháncharas máncharas, chirlos mirlos, chus mus, oxe moxte, tiquís miquis, taca maca, troche moche, tus Mus y traque barraque*, a las cuales deben añadirse otras de la misma índole, como *sin chistar ni mistar, tarín barín, zurri burri, tarrás barrás, tira mira, titos mitos* y quizá también *de ceca en meca, orondo y morondo, el oro y el moro*, la locución aragonesa *churri ni murri* en la frase “ni dijo churri ni murri”, y el m. adv. *a zorrón borrón*.

Hacia notar que en todas estas locuciones, lo mismo que en la francesa *pêle-mêle*, se repite, como se ve, la primera palabra, cambiando su consonante o grupo consonántico inicial en *m*: *chus mus*; *troche moche*; o anteponiéndole esta misma letra si la palabra empieza por vocal: *oxte moxte*. A veces, en vez de *m* se halla *b*: *traque barraque*.

No supe explicarme entonces el origen de esta *m* ni el de la *b* (1) y me limité a comparar estas locuciones con las en que, como

(1) Tampoco los lexicólogos franceses han sabido explicar la frase *pêle-mêle*. Larousse en su *Dic.* dice: “Diez propone que se relacione con *pelle et mêler*, como si se dijera *mêlé avec une pelle*, y ésta es probablemente la etimología verdadera”; y así la acepta Henri Stappers en su *Dictionnaire synoptique d'etymologie française*, 4.^a ed. París. En cambio, con mejor sentido, pero equivocándose también, proceden A. Hatzfeld y A. Darmesteter en su *Diccionario general de la lengua francesa*, que dicen de esta frase: “Origen incierto; *mêle* procede del verbo *mêler*; pero el sentido y origen de *pêle* son oscuros.”

dale dale, mucho mucho, repetimos una misma palabra para reforzar su significación; pero sí hice notar que en turco osmanli (1), además de la repetición de una palabra para reforzar la significación de la misma, como *türlü türlü* = especie especie, es decir, “de muchas especies”, se usa también en estilo familiar y en sentido de burla o menosprecio, la repetición de una misma palabra, cambiando su consonante inicial en *m*, así: *kitab mitab* = libros y cosas semejantes; *gitti mitti* = se marchó, tomó las de Villadiego.

La existencia de estas locuciones en turco y en castellano no creí que pudiera atribuirse a préstamo ni a relación de parentesco entre estas dos lenguas; ni tampoco que fuera debido este fenómeno a una ley psicológica, según la cual los sonidos *m* o *b* tengan la virtud de dar sentido despectivo a la significación de la palabra que se repite, y más aún cuando consideraba este caso limitado a estas dos lenguas, de tan distinto origen, pues no creo que exista en las lenguas semitas ni en las arias clásicas (2).

Recientemente en la *Revista de Filología Española*, t. 14, abril de 1927, ha publicado J. Morawski un erudito artículo titulado *Les formules rimées de la langue espagnole*, en el cual mezcla, sin distinguirlas entre sí, las locuciones en que se repite simplemente una misma palabra, como en *de bóbilis bóbilis*, con las en que se substituye la primera consonante por la *m*. Es decir, no forma grupo separado de estas últimas, y se empeña en buscarle etimología al segundo vocablo, o sea al que empieza por *m*, sin quedar satisfecho él mismo las más veces ni satisfacer al lector. Hace notar acertadamente que esta *m* se ha llamado *m* de repetición; y dice que este fenómeno debe considerarse como una ley de armonía lingüística que se puede formular diciendo: “Le mot commençant par une voyelle ou par *h* précède ceteris paribus le mot commençant par un consonne”, con lo que excluye, como se ve, las locuciones en que, como en *chus mus*, el primer vocablo empieza por consonante. Atribuye el uso de estas fórmulas a distintos orígenes, que cree deben ser examinados en cada caso

(1) Véase *Elementi di Grammatica turca osmanli*, por L. Bonelli. Milán, 1890.

(2) No deben tenerse por tales los casos de juego de palabras como el que nos refiere Cicerón (pro Arch., 27 y Tusc., I, 3) al decir que Catón llamaba *Mobilior* a C. Fulvio *Nobilior*; ni el de Suetonio, que en Tiberio, 42, dice que a éste, por su extremada afición al vino, pro Tiberio Biberius, pro Claudio Caldius, pro Nerone Mero vocabatur.

particular, en lo que convengo con él, pero separando en párrafo aparte y como de un mismo origen todas las que tienen la *m* o *b* de que tratamos en este artículo y que no deben confundirse con las otras. Por no separarlas se empeña en hallar etimología al segundo vocablo de estas locuciones y nos dice que la forma primitiva de *cháncharas máncharas* es el aragonés *chánchara mánchara* y procede de *cháchara* y el postv. de *manchar*; así como *chirlos mirlos*, de *chir!ar* y de *mir!ar*, derivado éste de mirlo. Asimismo nos dice, en la locución de *ceca en meca*, que se ha escrito mucho sobre su origen; que Correas da muchas explicaciones, sin aceptar ninguna (1); que P. de Múgica veía en ella “una guasa dirigida a los mahometanos que iban de España a la Meca; que el Diccionario la deriva de *azzeca*, casa, y de Meca, y que él se adhiere a la opinión de Vergara Martín, que identifica *Ceca* y *Meca* con los dos puntos extremos del Valle de Andorra; y en nota nos cita el napol. *a Secca e a Mecca* y el sicil. *la Secca e la Mecca*.

Además de las locuciones ya citadas, vemos las siguientes en el artículo de Morawski: la del ant. fr. *ne tite ne mite*, cuya significación, dice, es diferente de la castellana *titos mitos*, y que no veo yo registrada en el Diccionario de Godefroy; las del port.: *troixe moixe* y *sem dizer chus nem mus* o *nem tuz nem buz* (2), que son las mismas castellanas *troche moche* y *chus mus*, comparando esta última con la retor. *senza dir ni hau ni mau, ne hucs ne mucs*; y la del al.: *techtel mechtel* = negocio clandestino, maula.

En 1926 cayó en mis manos un folleto de A. Vinkler titulado *La langue basque et les langues uralo-altaïques* (Halle, A. S., 1917). La lectura de este folleto, en el que su autor se esfuerza en demostrar que el vasco no tiene relación ninguna genésica con las lenguas uralo-altaicas pero sí que la tiene con las caucásicas, me hizo entrar en deseos de conocer alguna de estas lenguas; y leyendo la Gramática de A. Durr (3), encontré en

(1) Correas dice así: “Zanquil y manquil y la val de Andorra y la capa horadada; lo mismo que Ceca y Meca y los cañaverales, son palabras enfáticas para denotar lugares vagos que no hay, y razones disparatadas.”

(2) Tampoco Figueiredo en su Dic. acierta a dar la etimología del segundo vocablo de estas locuciones. Dice de la primera que *troixe* deriva de *troixa*, fardo de ropa; pero nada dice de *moixe*. De la segunda sólo nos dice que *buz* es interjección que significa ¡silencio!

(3) *Grammatik der modernen georgischen (grusinischer) Sprache* von A. Durr. Wien und Leipzig.

georgiano estas mismas locuciones. Así dice en la pág. 12: "*Voces pareadas o rimadas.*—Las hay abundantes en georgiano, como en otras lenguas orientales: *adsia-badsia* = cosas absurdas; *uzar-mazar*, monstruoso, muy grande; *are-mare* = alrededor, aquí y allá; *hili-mili*, frutos y cosas semejantes. Se forman también vocablos reduplicando la raíz, así: *kavkavela*, ladrar; *kurkuri*, cuchichear."

La existencia de estas locuciones en georgiano y en turco puede explicarse fácilmente y son, como sospecho, una prueba del parentesco entre estas lenguas, aunque Winkler no quiera reconocerlo. Pero esto no me explicaba el origen de las locuciones castellanas. Así que, después de haber trabajado algunos días sobre la Gramática de A. Dirr entreviendo algunas semejanzas con el vasco, como éstas no fueran tan claras y patentes, a primera vista, como yo lo deseaba, al llegar, después de dominado el estudio de la declinación y conjugación y la lectura, que no es cosa baladí por la abundancia y figura de los signos gráficos de la escritura de esta lengua, al llegar, digo, a traducir los primeros párrafos de la crestomatía que trae la misma gramática, lo mismo que al viejo caduco de Espronceda me pasó, que

...en la silla tomando otra postura
de golpe el libro y con desdén cerró.

Digo que también cerré la gramática con cierto desdén, porque vi que la construcción del georgiano actual es casi la misma construcción turca, y es más semejante a la primitiva construcción aria que a la del vasco de hoy (1). Y así dejé la cosa por entonces.

Más adelante, leyendo la Gramática vasca de Campión (2), me encontré con las mismas locuciones en esta lengua y entonces creí hallar explicado ya el origen de las mismas en castellano, así como la relación de las vascas con las georgianas y las turcas. Dice Campión en la pág. 146:

(1) El orden más común de las palabras en la sintaxis turca es el siguiente: complementos del sujeto: sujeto — complementos del objeto directo o indirecto: objeto directo o indirecto — complementos del verbo: verbo.

Así: *bir evi peder — evladiny — dā'imā sever* = un buen padre — sus hijos — siempre ama. El mismo orden en georgiano. Así: *un hombre a su omigo un cesto de granadas envió.*

(2) *Gramática de los cuatro dialectos literarios de la lengua euskara.* Tolosa, 1884.

“En bascuence existen muchos nombres compuestos por reiteración y cambio de la letra inicial de la palabra repetida; son muy expresivos y característicos; por ejemplo: *gira bira*, “vuelco”; *handi-mandiak* “los poderosos de la tierra”; *duda-mudak*, “las perplejidades o dudas”; *nahas-mahas* “confusión, revoltijo”; *itsu-mitsuka*, “a ciegas”; *tira-biraka*, “a sacudidas”; *zurru-burru*, “mezcla de objetos de poco valor”. La letra inicial de la palabra repetida se cambia generalmente en *m* o *b*. Estas formaciones son más usadas en los dialectos basco-franceses y nabarro-españoles. Los ejemplos acotados pertenecen al dialecto labortano.”

Tenemos, como se ve, en estas locuciones que, lo mismo en georgiano que en vasco y en castellano, el segundo vocablo comienza por *m* o *b*, letras que substituyen a la articulación consonante inicial de la primera palabra, o se anteponen a ésta si empieza por vocal. En turco debe suceder lo mismo, aunque sólo tengo ejemplos de *m*. Así:

En vasco: *nahas mahas*; *zurri burri*; *itsu mitsuka*.

En castellano: *tiquis miquis*; *traque barraque*; *oxte moxte*.

En georgiano: *hili mili*; *adsia badsia*; *are mare*.

En turco: *kitab mitab*.

El valor de este sonido labial *m* o *b*, es el de reforzar en sentido peyorativo o despectivo la significación de la palabra a que se antepone; pero ¿por qué entra este sonido y no otro en la formación de estas locuciones? Esto es lo que no me sé explicar. Tenemos este sonido como prefijo en las lenguas semíticas indicando acción, instrumento, lugar y también la idea de agente; pero no la significación despectiva que tiene en nuestras locuciones.

El hallazgo de estas locuciones en vasco me hizo volver a leer el folleto de Winkler, del cual voy a dar aquí un ligerísimo resumen para que los lectores se enteren de los razonamientos en que funda sus dos afirmaciones capitales, que son: una en que niega el parentesco del vasco con el altaico, y otra en que afirma el parentesco del vasco con el caucásico. A continuación de la mayor parte de estos razonamientos expondré las observaciones que se me ocurran hacer a los mismos. Los puntos que trata en el folleto se refieren a los siguientes particulares:

Vocabulario (pág. 5). Nos dice que a pesar de las semejanzas que Ribari, en su ensayo, ha demostrado que existen entre el vas-

co y las lenguas altaicas, *el fondo de estas dos lenguas y la contextura de ellas es fundamentalmente diferente*, y que las dichas semejanzas deben explicarse por una antigua relación de vecindad.

Adjetivo (pág. 6). Dice de éste que, en altaico, si es atributo va siempre delante del sustantivo, y si es predicado, detrás. Así en húngaro *jo atya* = el buen padre; *atya jo* = el padre es bueno. En vasco, por el contrario, el adjetivo sigue siempre al sustantivo: *eche berri* = casa nueva.

Obs. 1. No creo que sea esto razón suficiente para negar el parentesco entre estas dos lenguas. La construcción altaica del adjetivo es también la primitiva en ario. Así tenemos en scr. *priya-sakhí* = querido amigo; pero *pitā zatrus* = el padre (es) enemigo. En las lenguas romances ya no observamos esta ley, y no negamos por ello que no sean del mismo origen que el sánscrito.

Pron. demostrativo y artículo (pág. 7). El demostrativo va en altaico siempre delante del sustantivo; en vasco, al contrario, va siempre detrás y lo mismo el artículo *a* y el numeral *bat*, uno.

Obs. 2. Pero en nota reconoce que en las lenguas finesas y samoyedas hay una especie de artículo sufijado; y aunque niega valor a este hecho diciendo que este artículo es en su origen un pronombre posesivo, confiesa a continuación que es fenómeno sorprendente el que sólo el mordvino entre todas las lenguas altaicas tenga una especie de verdadero artículo sufijado. Conviene, pues, en este caso el vasco con el mordvino. Sospecho, además, si este artículo sufijado al nombre lo habremos de reconocer en la lengua aria, si los temas en vocal de esta lengua pudieron haberse formado del verdadero tema del nombre, mas un sonido vocal que fuera como el artículo vasco: *o*, *a* en griego y latín; *ǎ* y *ā* en scr., así: *taur-os*, *mus-a*; *alp-ás*, *alp-ā*. Este sonido lo tenemos como tema del demostrativo sánscrito *a-yám* = éste; gen. *a-syá* = de éste; y así, dat. *a-smái*, ablat. *a-smát*, loc. *a-smín*. De este modo el gen. *alp-ásya* podría considerarse como formado del tema *alp* + *asya*, genitivo del demostrativo *a*, lo mismo que en vasco el genitivo *jaun-arén*, del tema *jaun* + *arén*, genitivo del demostrativo o artículo *a*.

Genitivo (pág. 7.) Que la ley *rectum ante regens*, que se halla en vasco, en ario, en caucásico y en lenguas de América, no es la única forma de construcción en estas lenguas, y sí que lo es en al-

taico; y que, por tanto, se distingue este grupo lingüístico de todos los demás.

Obs. 3. Esta ley es, en mi opinión, también la primitiva en ario, según creo haber demostrado en mi discurso de recepción en esta Academia; sólo que influencias de otras lenguas de construcción descendente —*regens ante rectum*— hicieron cambiar poco a poco a las lenguas arias el orden de su primitiva construcción; así como el haberse extendido la declinación —que en realidad es sólo propia del substantivo— al adjetivo hizo posible el hipérbaton en ellas, como he demostrado en mi artículo “Acerca del hipérbaton”, publicado en el *Homenaje a Bonilla y San Martín*. Las lenguas uralo-altaicas han quedado petrificadas en esta construcción, mientras las arias han evolucionado hasta venir a parar en la construcción descendente —todo lo contrario de la primitiva— de las lenguas romances. ¿Y diremos por esto que estas lenguas no son de la familia aria? Ahora bien: cómo y por qué se efectuó esta evolución es lo que hay que averiguar. Para mí es ello debido a influencia semita, o sea a la lengua de los pueblos que tenían construcción descendente; pueblos que, invadidos y dominados por los arios en las inmigraciones de éstos, perdieron su independencia y su lenguaje; pero no de modo que al adoptar la lengua de los invasores no influyeran en ella, en su vocabulario y en su construcción. Así, por lo que respecta a Grecia, nos dice Heródoto (I, 57) que los pelasgos, gente de distinta lengua que los griegos, acabaron por adoptar la de éstos. Lo mismo debió suceder a la lengua de los arios que invadieron la Italia.

Construcción (pág. 8). Mientras en la sintaxis altaica todos los fenómenos de su construcción obedecen a una sola manera de concebir y a una sola manera de construir, los otros tipos de lenguas, como el ario, el caucásico y el vasco siguen a la vez otras leyes, según las cuales sin la menor idea de dependencia, “la langue procède pas à pas en répétant, corrigeant, elargissant ce qui a été dit, par ce que suit, procédé inoui ou impossible en altaïque”. Así en vasco tenemos al lado de la construcción *aitaren echea* = padre-el-de casa-la (o sea: la casa del padre) la construcción *echea gizon onen* = casa-la hombre este-de (o sea la casa de este hombre), construcción imposible en altaico. En caucásico el genitivo precede al substantivo; pero

hay lenguas caucásicas en las que, como en vasco, puede preceder o seguir.

Obs. 4. Pero en nota a la pág. 9 dice: "Los varios casos en que en las lenguas tungusas el genitivo va precedido de su substantivo se deben a una traducción viciosa del original ario." Ante esta afirmación, bien se puede preguntar: ¿por qué en vasco y en caucásico no debemos admitir también influencia extraña en los casos en que el genitivo va detrás del substantivo?

En cuanto a las leyes según las cuales, sin idea ninguna de dependencia, procede el vasco, explicando y precisando lo dicho ya, son ellas necesarias en esta lengua por la naturaleza de su conjugación; pues como la forma verbal incluye en sí al pronombre que expresa el objeto directo, cuando éste es de tercera persona se hace necesario que vengan después la palabra o palabras que lo determinan. Así *eman di-gu-zu* significa *dar lo-nosotros*; y este *lo*, traducción del *di* de *diguzu*, necesita un complemento que lo precise, y así se dice: *eman diguzu gure eguneroco oguiá* = dar lonostu nuestro diario pan. Semejante construcción es la que vemos también en el *Rig-veda* y en las tres epopeyas clásicas, obras todas que comienzan así:

El *Rig.*: *Agnim íle purohitam yajūasia devam řitvijam hotaram ratnadhātamam*; que literalmente dice: "A Agni celebro (que es) el sacerdote de la familia, del sacrificio divino sacerdote oficiante, sacrificador excelentísimo."

La *Iliada*:

*Mēnin áeide, theà, Pēlēiádeō Achilēōs
oulomenēn, hē myri' Achaiois álge' ethēken,*

cuya traducción literal es:

La cólera canta, oh diosa, del pelida Aquiles, pernicioso que infinitos a los aqueos dolores causó.

La *Odisea*:

*Andra moi énnepē, mousa, polytropon hos mala pollà
planchthē, epei Troiēs hieron ptoliethron éperse;*

que dice:

Al varón me inspira, oh musa, muy astuto que muy mucho anduvo errante después que de Troya la sacra ciudad destruyó.

La **Eneida**:

*Arma virumque cano, Trojae qui primus ab oris
Italiam fato profugus Laviniaque venit litora.*

O sea:

Los hechos de armas y al varon canto, el primero que de las costas de Troia, a Italia por el hado llevado vino y al litoral de Lavinio.

Como se ve, los tres poemas empiezan, lo mismo que el *Rig-veda*, por el acusativo, al que sigue el verbo cuyo objeto directo es aquél, y luego vienen las palabras que determinan o precisan al acusativo. También conviene notar la diferencia que se ve entre los poemas griegos y el latino: en aquéllos es la musa o la diosa a la que el aedo invoca, la que, sirviéndose de él como de medio, canta las excelencias del héroe: en éste es el poeta mismo el que las canta, desdeñando la inspiración de la musa. Alguien quizá vea aquí distinción entre el carácter griego y el latino: humildad en aquél; arrogancia en éste

Plural (pág. 10). El signo de plural del nombre vasco es *k*, lo mismo que entre las lenguas finesas, en el magiar y el lapón; pero las demás lenguas finesas y también el samoyedo, tienen *t* por signo de este número. Esto, dice, no prueba parentesco primitivo: es simplemente semejanza fortuita o préstamo; porque la *t* que encontramos en los plurales vascos, como *ceruetan* = en los cielos; *gizonetaz*, etc., no es la misma del altaico, sino que está por *k*, porque en vasco la *k* final primitiva seguida de sufijo o se elide o se cambia en *t*.

Obs. 5. Aun concediendo esto, queda siempre el hecho de que en vasco, como en algunas lenguas altaicas, es *k* el signo de plural; y es raro que esta coincidencia, en un fenómeno gramatical de esta índole, se deba a préstamo. Por lo demás, el cambio de *k* en *t*, y en *qu* y *ch* lo tenemos en las lenguas arias en palabras distintas que proceden de una misma en su origen. Así gr. $\tau\acute{\iota}\text{-}\varsigma$ = lat. *qui-s* = scr. *ki-m*; gr. $\tau\epsilon$ = lat. *que* = scr. *cha*; gr. $\pi\acute{\epsilon}\nu\tau\epsilon$ = lat. *quinque* = scr. *pancha-m*; y nótese que de la misma voz prearia de que procede este numeral procede también el semita *jam-ech* = 5 en hebreo.

Desinencias del nombre (pág. 11). Que aunque el genitivo y el locativo tienen en vasco y en altaico el signo *n*, este mismo signo lo es también de genitivo o de locativo o de casos que indi-

can relaciones semejantes en muchas otras lenguas de Asia, Europa, Africa y Oceanía; y que, por tanto, esta coincidencia no prueba parentesco sino que debe explicarse por una relación psicológica.

Pronombres personales (pág. 13). Que los pronombres personales vascos y los altaicos no tienen relación ninguna entre sí, sino que son absolutamente diferentes, mientras son profundas las relaciones que hay entre los pronombres personales vascos y los caucásicos

Obs. 6. Pero en nota (pág. 14) reconoce que en lapón el signo de 2.^a persona del verbo regular es *k*; y que esta *k*, de la que hay vestigios en mordvino, parece recordar las formas de 2.^a persona en vasco y en caucásico (*hi, ki, chu, g...*); pero añade que examinando a fondo este elemento se ve que la dicha *k* del mordvino y del lapón no es más que una *n* endurecida.

Que (pág. 15) las formas vascas de los personales *ni* (*neu*) *hi* (= *chi, ki*), *i, eu* se relacionan íntimamente con las del tipo caucásico mejor conservado *nu, hu*.

Que (pág. 16, nota 2) en vasco la *n* que nos indica el pronombre de primera persona es substituída por *t* en las formas que como en *d-akar-t* = *él* (es) *llevado-por mí*, por nuestra manera de concebir, lo consideramos nosotros como caso oblicuo. Asimismo en las lenguas lesges (caucásico del norte), al lado de *nu* = *ni*, forma primitiva del pronombre de 1.^a persona, se hallan las formas *tu, du*, en los casos oblicuos, mientras *nu* y *na* forman el nominativo. Así en la lengua casicuma *na* = yo; *tu-l* = de mí; y en la curcana, *nu* = yo, *di-la* = de mí.

Obs. 7. No es de extrañar este fenómeno, pues lo tenemos en ario. Así en lat. *ego* = yo; *mei* = de mí. En vasco tenemos, en efecto, *n-akar-zu* = yo (soy) llevado por ti, donde *n* representa la primera persona como nominativo paciente; mientras en la forma citada *d-akar-t*, la *t* representa la misma 1.^a persona, pero en caso distinto, que aquí puede ser el ablativo agente, según nuestra manera de concebir.

Sufijos (pág. 16). El altaico emplea sufijos posesivos o *posposiciones* con los substantivos, pronombres y *posposiciones* que en él reemplazan a nuestras preposiciones, y además con los nombres verbales para formar la conjugación. Sólo el samoyedo, el tunguso, el turco y gran parte del finés han adoptado otro

procedimiento para formar la conjugación. El vasco no conoce los sufijos posesivos.

Obs. 8. Pero a esto se puede objetar que, lo mismo que el turco, puede haber adoptado el vasco este *otro procedimiento* en su conjugación perifrástica, la cual puede, hasta cierto punto, compararse con la del turco, que también lo es. Además, sufijos son en la conjugación simple vasca los elementos personales que indican el agente. Así en la ya mencionada forma *d-akar-t* = *él-llevado* (es) *por mí*, la *t* final que indica el agente de la acción expresada por *akar* es sufijo y puede tomarse como genitivo subjetivo o agente; así como la *d* inicial que indica el objeto puede también tomarse como genitivo objetivo o paciente, siendo la colocación de los elementos pronominales, antes o después del nombre verbal, la que nos indica el oficio de los mismos.

El orden de colocación de los vocablos, al que algunos apenas dan importancia, es tan necesario en las lenguas primitivas y más cuanto más primitivas son, que siendo como es expresión de la manera y orden de concebir del que habla, cambia con él la significación de los elementos que se ordenan. Así en la lengua de los baures, pueblos del sur de la provincia boliviana de los moxos, *pi-a-ni* = *tu padre* (soy) *yo*; pero *ni-a-bi* (1) = *mi padre* (eres) *tú*. Así que en la torre de Babel Dios no tuvo que hacer más sino que gentes que hablaban una misma lengua invirtiesen parte de ellas el orden de colocación de los vocablos para que no se entendieran con las otras. Así me explico yo la construcción ascendente y la descendente.

Pronombre demostrativo (pág. 19). Que el elemento demostrativo *h* (*ha, ha-u, hu-n*), desconocido en altaico, forma pronombres demostrativos en ario y en semita; pero no tiene en estas lenguas la importancia que en vasco y en caucásico, pues da origen al demostrativo vasco y juega papel importante en la mayor parte de las lenguas caucásicas. Así hay gran semejanza entre el vasco *ha-u, ha-u-r, hu-ra, ho-ri* y los pronombres caucásicos *ha-ma, ha-m, ha-ra*. Este elemento demostrativo es desconocido en altaico.

Interrogativo (pág. 20). Que el interrogativo vasco *zen, zein, zoin, zun* = *quién, cuál*, concuerda con una gran parte de lenguas caucásicas, donde tenemos *si (zi), tsi, tsu*. Además, el vasco no emplea radical diferente para el interrogativo impersonal

(1) Bi=pi.

o de cosa, mientras en altaico la diferencia entre estos dos interrogativos es muy característica.

Obs. 9. Pero en la nota 3 dice que las formas samoyedas *sio, sele, simdi*, que al lado de *hu, ku, gi* forman interrogativos personales, no deben relacionarse con las vascas y caucásicas, porque son, sin duda, de origen demostrativo; y que el interrogativo impersonal turco *ne (nä)* tampoco tiene nada que ver con el interrogativo vasco *nor, nur*.

Pronombre indefinido (pág. 21). En altaico, lo mismo que en ario, el pronombre indefinido se forma sufijando distintos elementos al pronombre interrogativo; elementos que, por su naturaleza y significación, tienen una sorprendente semejanza. Es verdad, añade, que el vasco forma también pronombres indefinidos sufijando *bait* al pronombre interrogativo, o añadiendo *bere, bera, ere*, al interrogativo *nor, nur*; *norbait, zerbait, zenbait, norbere*; pero el vasco tiene además y en mayor número pronombres indefinidos de una clase desconocida en altaico y en ario.

Obs. 10. No veo la objeción, la cual sólo puede probar, en mi sentir, que el vasco ha desarrollado más que las otras lenguas la formación de esta clase de pronombres.

Numerales (pág. 22). El vasco tiene el sistema vigesimal, como la mayor parte de las lenguas caucásicas: *hoge* = 20; *berroge* = 40; *hirurroge* = 60. En caucásico el numeral *tši, ts, t, th, tsa*, solo o combinado con otros elementos, como *ar, wi*, significa *uno* o *diez*, pero generalmente *diez*. En vasco este elemento solo significa *diez*, como se ve en *bedera-tzi* = 9, o sea 10 — 1; y en *zor-tzi* = 8, o sea 10 — 2, pues en vasco *bedera* significa *solo, uno*, y *zor* debe significar *dos* (1).

Conjugación (pág. 25). La conjugación del verbo altaico es posesiva. En ella, el vocablo que nosotros concebimos como sujeto va antepuesto al radical verbal: así *del padre (el) venir* = el padre viene; *mi venir* = yo vengo. Pero se ha desarrollado en algunas lenguas altaicas una especie de conjugación subjetiva como la aria, sobre todo en los verbos intransitivos. El vasco procede en su conjugación simple a la manera de las caucásicas; expresa el sujeto y en seguida la acción: *n-ábil, h-ábil, d-ábil* = *yo voy, tú vas, él va*; donde, como se ve, expresa la primera

(1) Propiamente según el orden de concebir: *uno quitado de diez*; *dos quitados de diez*. Comp. el latín *undeviginti* y *duodeviginti*.

persona por *n*; la segunda por *h* y la tercera por *d*. Sólo en esto se ve claramente la diferencia entre el vasco y el altaico. "Dans toutes les langues altaïques, dice, l'expression de la troisième personne du verbe simple n'a point de signe."

Obs. 11. Y tampoco lo tiene en vasco, si se toma como pasiva la significación intransitiva del verbo en la conjugación simple como lo es en la perifrástica. Así que *n-ábil*, *h-ábil*, *d-ábil*, según la manera como ha concebido el vasco la expresión de estas formas, es *yo soi ido*, *tú eres ido*, *él es ido*; o sea que los elementos *n*, *h*, *d* representan la persona como paciente, lo mismo que en *n-ákar*, *h-ákar*, *d-ákar* = *me lleva* (él), *te lleva* (él), *lo lleva* (él), o sea: soy llevado, eres llevado, es llevado, sin necesidad de incluir el agente en la forma verbal por ser aquél la tercera persona. Asimismo en la conjugación perifrástica, según la misma manera de concebir, dicen los vascos *jayo zan* = *nacido fué*, es decir, nació (verbo intransitivo), como *concebitu zan* = *fué concebido* (verbo pasivo) (1).

El plural en la conjugación (pág. 27). En vasco, la forma *d-ábil* = *él va*, tiene su plural en *d-abil-tza* = *ellos van*, procedimiento imposible en altaico, pero existente en caucásico.

Obs. 12. Efectivamente, en la citada Gramática de Dirr se dice: *v-ar* = *yo soy*, *h-ar* = *tú eres*; *v-ar-th* = *nosotros somos*; *h-ar-th* = *vosotros sois*, donde, como se ve, las formas de singular se hacen plurales añadiéndoles por el fin el elemento *th*, como en vasco se les añade el elemento *tza*. La analogía no puede ser más sorprendente; pero este procedimiento no es único de estas lenguas, porque lo vemos también en semita, donde en árabe, por ejemplo, las formas *yá-ktolo* = *él matará*; *tá-ktolo* = *tú matarás*, se hacen plurales añadiéndoles el mismo signo que nos indica el plural en el nombre: así *ya-ktol-una* = *ellos matarán*; *ta-ktol-una* = *vosotros mataréis*. Mas esto no creo que autorice, como quiere Winkler, cuando se trata de relaciones entre el vasco y el altaico, a negar el parentesco entre el vasco y el caucásico.

Formas verbales sintéticas (pág. 28). Que formas como las del vasco *n-abil-ki-zu* = *yo-voy-a-ti*, *h-abil-ki-gu* = *tú-vienes-a-nos*, no las tiene el altaico porque son contrarias a la índole

(1) Véase nuestro artículo acerca de la naturaleza del verbo vasco en el t. 14 de este mismo BOLETÍN.

fundamental de la sintaxis de esta familia de lenguas —rectum ante regens—; pero sí que las tiene el caucásico.

Conjugación objetiva. A. (Pág. 28). Esta conjugación, en la que la forma verbal incluye en sí la expresión del objeto directo y también la del indirecto o dativo, la tienen el vasco y el altaico; pero ello no prueba parentesco, porque se halla también en lenguas de Europa, de Asia y en muchas de América; y además porque en las lenguas altaicas que hacen uso de esta conjugación, como el samoyedo y algunas finesas, “la forme est sans aucune exception *frapper-mon, ou frapper-lui-mon, c'est a dire, lui il est l'objet de mon frapper = je le frappe*”.

Obs. 13. Esta conjugación no es cosa sorprendente. La tenemos en castellano, por ejemplo, cuando, conforme a la prosodia, escribimos *dámelo, démelo, dádmelo; dáselo, déselo, dádselo*, etc., donde en una sola palabra prosódica expresamos la acción verbal, el agente de ella, el dativo *me, se* y el acusativo *lo*. Con la misma razón podríamos escribir *telodoy, selodoy, oslodoy*, etc., cuando enunciamos antes que el verbo el dativo y el acusativo. Así se ha formado la conjugación objetiva de estas lenguas en época antiquísima, en la que no poseyendo, sin duda, la escritura para fijar las formas verbales, nos admira que el análisis pueda descubrir las aun hoy día.

B. (Pág. 30.) Que la conjugación objetiva altaica que tan maravillosamente se armoniza por su concepción con la manera de concebir de muchas lenguas americanas es en absoluto diferente de la vasca, porque en ésta tenemos “*n-ábil, h-ábil, d-ábil = je vais, tu vas, il va (moi aller, toi...)* De même nous avons dans le verbe avec un régime direct *n-akar, h-akar d-akar = moi-porter, toi-porter, mais ce ne pas je porte, tu portes, il porte; ce qui est suffixé au radical, cela montre la vraie signification: n-akar-zu = (moi-porter-toi) veut dire tu me portes, h-akar-gu (toi-porter-nous) = nous te portons, d-akar-gu (lui-porter-nous) = nous le portons*”.

Obs. 14. Como ya queda indicado en la obs. 11, la diferencia que en este párrafo y en el razonamiento que le sigue quiere ver Winkler entre el agente de primera persona, que es *t* pospuesta en el verbo transitivo; así *d-akar-t = lo-llevar-yo (yo lo llevo)* y el sujeto de la misma persona en los intransitivos, que es *n n-ábil = yo voy*), cuando esta misma *n* en los transitivos indica el objeto paciente, como en *n-akar-zu = me-llevar-tú (tú me lle-*

vas), esta diferencia desaparece si se conceptúa el verbo intransitivo como pasivo, porque entonces *n-abil* se concibe como *mi ir* o *de mi (el) ir*, genitivo objetivo = *yo soy ido*, o *llevado*, es decir, *yo voy*, o soy llevado por alguien o algo que me hace ir, llamado este algo por ser tercera persona, lo mismo que se calla en *n-akar* = *mi traer*, o sea (el) me trae, y como en *g-akar* = *nuestro traer*, o sea (él) nos trae. Concebida así la conjugación vasca, desaparece la diferencia que ve Winkler; se reduce a una misma la concepción del verbo vasco en este particular, y queda demostrado a la vez que en vasco como en altaico la forma de tercera persona del verbo no incluye en sí elemento que indique el agente, porque, cuando éste no se expone en otra forma, se considera que es la naturaleza, o el Dios creador, como cuando decimos nosotros *llueve*, *nieva*, etc.

C). (Pág. 32.) En cambio, la semejanza del vasco con el caucásico en la conjugación objetiva es íntima. Así tenemos en georgiano: *g-adzlew-s* = *te-da-él* (o sea *él te dá*), donde *g* es el signo de la persona a que afecta la acción verbal indicada por *adzlew*, y *s* el agente; así como en vasco *d-akar-t* = *lo-llevar-yo* (yo lo llevo), *d* indica el objeto de la acción expresada por *akar* y *t* el agente. Asimismo en georgiano *a-dzlew-s* = *le-da-él*; pero *a-dzlew-s-th* = *les-da-él*, donde vemos que el elemento *a*, que indica el objeto y va al principio de la forma verbal, se halla pluralizado por el elemento *th* que va al fin de la misma forma, como en vasco *d-ábil* = *él va*, *d-abil-tza* = *ellos van*.

Obs. 15. Pero nótese que en georgiano el elemento *th* pluraliza el objeto de la acción verbal y va detrás del agente indicado por *s*; y para que la semejanza entre estas lenguas sea más íntima hay que admitir, como decimos en la nota 14, que los vascos conciben el verbo intransitivo como pasivo. Nótese también que el vasco, como el altaico, a diferencia del georgiano, no indica el agente en la tercera persona del verbo.

D). (Pág. 33.) En la forma vasca, *d-akar-gu* = *lo-llevar-nosotros* (nosotros lo llevamos), *gu* expresa el agente; mientras en *d-akar-gu-zute* = *lo-llevar-(a) nós-vosotros* (vosotros nos lo lleváis), *gu* es dativo y *zute* expresa el agente. Se ve, pues, que el orden de colocación de los elementos pronominales indica el oficio sintáctico de éstos, y que estas formas son opuestas al genio del altaico, pero no al del caucásico, donde en la lengua abchasa tenemos: *i-u-s-thueit* = *lo-(a) ti-yo-dar* (yo te lo doy); *s-i-u-thuert*

= *me-(a)él-tú-dar* (= tú me entregas a él), formas en las que el elemento que expresa el paciente u objeto directo va en primer lugar, sigue a éste el dativo u objeto indirecto, luego el agente y por fin el radical verbal.

Conjugación perifrástica (pág. 36). En ésta el vasco es absolutamente opuesto a la manera de concebir del altaico, en el que no pueden concebirse formas como *yaten d-i-d-a-k* = *comiendo-lo-me-tú* (= tú me lo comes), y *yaten n-a-k* = *tú me comes*. En esta segunda forma, *n* representa a la primera persona como régimen directo, así como en el anterior esta misma persona se halla representada por *d*, pero como régimen indirecto.

La oración gramatical (pág. 38). Que la manera vasca de formar la oración gramatical es también inconciliable con la concepción altaica. Así el vasco *gizonak ikusten du* (1) = *por el hombre viendo lo* (= el hombre ve), se diría en altaico *el ver del hombre*, o literalmente *hombre (de) ver (el)*. Así también el vasco *ikusten dut gizona* = *viendo lo yo-hombre el* (2) (= yo veo al hombre) sería en altaico *hombre-ver-mio*. Del mismo modo, el vasco *semea aitak maitetua da* = *hijo-el padre-el-por amado es*, diría en altaico *pater (patris)-filius (filium)-tò-amare*.

Obs. 16. Pero dice a continuación que también en altaico, sobre todo en las lenguas finesas que más han evolucionado se dice *pater filium amat* (amare), que es la construcción turca y también la primitiva aria y la georgiana actual, como hemos dicho.

En las páginas siguientes a la 38 continúa exponiendo la diferencia que él cree fundamental e irreconciliable entre la sintaxis vasca y la de las lenguas altaicas, en las que toda ella se sujeta a la ley del *rectem ante regens*. Así en la lengua de Turfan (tipo turco) la oración *tola yegün bõrining köti qugak* = *mucho haber comido (de) lobo (de) vientre flaco*, significa el vientre del lobo está vacío aunque ha comido mucho.

Obs. 17. Esto, como ya hemos insinuado, no prueba la incompatibilidad originaria que Winkler quiere ver entre el vasco y el altaico, sino que la sintaxis de esta lengua ha quedado estacionada en el grado primitivo de su construcción, mientras la vasca ha evolucionado en parte, como también la de algunas lenguas altaicas, como reconoce varias veces el autor. De no admi-

(1) *gizon* = hombre; *a* = el; *k* signo de agente; *ékusten*, forma equivalente a nuestro gerundio, *viendo*; *du* = ello, objeto del ver.

(2) Véase la observación número 4 donde explicamos este hecho.

tir esta observación, ¿cómo podría afirmarse que el castellano que dice “Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea el tu nombre”..., y el indo que diga “*He asmākam svargathapitas tvannāma peñjyam bhāvatu*”... no rezan en lenguas que son de una misma familia? Y tanto es así, que termina nuestro autor su trabajo confesando que a pesar de que estos dos tipos de lenguas —el altaico y el vasco— no pueden proceder de una lengua común, han tenido en otro tiempo relaciones entre sí, y que en su desenvolvimiento han sufrido influencias de otras lenguas. Reconoce que el vocabulario vasco tiene muchas afinidades con el de las lenguas altaicas, especialmente con las finesas y turcas, afinidades que atribuye a préstamos de unas lenguas a otras, porque son de forma y no de sistema; y termina diciendo que, convencido como está de estas afinidades, deben atribuirse al tiempo en que los antiguos vascos estaban aún en el este de Europa o en el oeste de Asia.

Publicado en 1917 el opúsculo de Winkler, dió a luz Uhlenbeck, en 1924, un artículo en el que trata del posible parentesco entre el vasco y las lenguas caucásicas (1). Dice que expone en él los distintos pareceres de los que hasta la fecha han tratado este asunto, pero no hace referencia al opúsculo de Winkler que acabamos de extractar, y así nos dice:

(Pág. 565.) Que en 1836 Antoine d’Abbadie, en su introducción a la Gramática eúscara de Chaho, dedicó algunas páginas a exponer los puntos en que concuerdan en cierto modo el vasco y el georgiano; pero que las observaciones que hace en ellas son de orden tan general que no tienen valor ninguno. Eran poco conocidas aún las lenguas caucásicas.

(Pág. 566.) Que en 1896 Hugo Schuchardt publicó su admirable tratado acerca del carácter pasivo del verbo transitivo caucásico, en el que demostró la íntima relación psicológica que une a las lenguas caucásicas entre sí y con el vasco; pero añade que como este carácter pasivo del verbo transitivo se halla también en el esquimal y en el algonquín como en vasco, no prueba parentesco genésico entre el vasco y el caucásico.

(Pág. 567.) Que el primero que ha dado una demostración sistemática del parentesco vasco-caucásico es Alfredo Trombetti,

(1) “De la possibilité d’une parenté entre le basque et les langues caucasiques”, par C. C. Uhlenbeck. *Revista internacional de los Estudios Vascos*, tomo 15, núm. 4, 1924.

en 1903 (1), el cual, aunque considera al vasco emparentado con el camítico, cree, no obstante, que las relaciones entre el vasco y las lenguas caucásicas son de tal naturaleza que el vasco debe —sino incorporarse entre las lenguas caucásicas— considerarse como más próximo a ellas que a las camíticas, y que está en estrecha relación con el abchaso, el circasiano y el cartveliano.

Que en 1809 H. Winkler rechaza el parentesco entre el vasco y el camítico y defiende el origen caucásico del vasco.

(Pág. 569.) Que Nicolás Marr admite que el semítico está más estrechamente unido con el caucásico que con el camítico, y asigna al vasco un lugar definido en la familia de las lenguas caucásicas.

Examina a continuación (pág. 570) las observaciones que han inducido a Trombetti a suponer estrecho parentesco entre el vasco y el caucásico, y que son:

Que en vasco como en georgiano, en avaro y en circasiano, un sufijo, cuyo sonido característico es *k*, sirve para formar diminutivos; a lo que objeta que también hay en indoeuropeo un sufijo análogo con el mismo valor, y que ello debe explicarse como tendencia psicológica mejor que como relación de parentesco.

(Pág. 571.) Que también se han comparado con los sufijos caucásicos los vascos *-le*, que forma nombres agentes, y *-kor*, que denota inclinación hacia la acción expresada por el tema verbal que precede. A *-le* se le emparenta con el sufijo del lakiano *-ala*, que tiene la misma significación, y a *-kor*, con el mingreliano *-gura* (*-khur*). Uhlenbeck pone en duda la existencia de este sufijo, y no encuentra razones convincentes en el razonamiento de Trombetti.

(Pág. 572.) En la flexión nominal, el signo de plural en vasco es *-k*; y aunque en circasiano y en abchaso se hallan también los sufijos guturales *-xe* y *-khna* con el mismo valor, esta coincidencia, dice, no prueba parentesco, porque el sonido gutural se encuentra como signo de plural en otras lenguas del antiguo y del nuevo mundo. Tampoco concede valor al *t*, signo de plural en los casos oblicuos del vasco y en la conjugación, que Trombetti rela-

(1) "Delle relazione delle lingue caucasiche con le lingue camitosemitiche e con altri gruppi linguistici" (*Giornale della Soc. As. Italiana*. Vol. XV, 1902, XVI, 1903. También el padre Fidel Fita ha hecho investigaciones acerca del parentesco entre el vasco y el georgiano.

ciona con el *th*, que en georgiano es igualmente signo de plural en el verbo, porque también en camítico el *t* es signo de plural.

(Pág. 573.) El mismo razonamiento aplica a continuación a las desinencias casuales; pero admite que el sufijo *-k* que forma en vasco el caso agente, puede compararse con el sufijo mingreliano y lazo *-kh*, que en estas lenguas tienen el mismo valor. Que el sufijo vasco de dativo *-i* tiene su correspondiente en avaro; mas esta correspondencia tiene poco valor, porque en griego, por ejemplo, tenemos también la *i* como signo de dativo; pero el dativo griego, añade, proviene quizá de un locativo y representa el grado débil del sufijo diptongado del dativo indoeuropeo, aunque para Trombetti la *i* del dativo dondequiera que se la encuentre es siempre la misma. Añade que no niega la posibilidad de un parentesco muy lejano entre el vasco y, por ejemplo, el indoeuropeo; pero que mientras no se aporten argumentos definitivos en apoyo de tal relación, no se atreverá a identificar elementos verdaderamente vascos con elementos verdaderamente indoeuropeos.

El hecho de que se hallen en caucásico elementos análogos al genitivo vasco en *-n* tampoco prueba parentesco, porque son muchas, dice, las lenguas en las que *-n* forma el genitivo.

(Pág. 574.) Que Trombetti identifica el artículo vasco *-a* con un prefijo abchaso *a-* que tiene el mismo valor; pero duda Uhlenbeck diciendo que ignora de dónde procede ese artículo abchaso y cree que el vasco *a* es, según van Eys, idéntico al tema demostrativo *har* procedente de la debilitación de *kar*.

(Pág. 576.) Confiesa que en lo que respecta a los pronombres personales *ni* = yo, y *hi* (*ki*) = tú, el vasco recuerda sin duda ninguna las lenguas caucásicas; pero que en este particular concuerda mejor aún con las camíticas y semíticas. Que en plural, los pronombres *gu* = *nos* y *zu* (*ek*) = *vos* (idénticos a los cuales son los sufijos *-gu* y *-zu* y con los que tienen relación innegable los prefijos verbales *g-* y *z-*) parecen muy familiares a los que conocen las lenguas caucásicas; que en ellos ven Trombetti y Winkler relación genésica con el prefijo georgiano y svano *gw-*, que hace función de dativo; que entre las formas independientes de estos pronombres, las caucásicas *zu* del lakiano, *c'un* del curiniano y *thxuo* del checheniano, pueden quizá remontar a un primitivo *gu*; pero que la semejanza es mayor en el pronombre de segunda persona plural, pudiendo compararse el lakiano *zu*, y el ca-

xuriano y checheniano *su* con el vasco *zu*. En cuanto a los pronombres demostrativos, no admite como ciertas las correspondencias que se cree haber descubierto con el caucásico; pero acepta que los interrogativos vascos que comienzan por *z* podrían estar en relación con los caucásicos que tienen *ch*, *s*, *ts* o *c* como inicial, y también que la *n* del interrogativo vasco se halla igualmente en algunas lenguas caucásicas.

(Pág. 578.) El hecho de que el verbo vasco nos ofrezca en su estructura admirables analogías con el de algunas lenguas caucásicas no puede alegarse como argumento en favor de un mismo origen genésico, mientras no se pruebe que en una y en otra lengua son unos mismos los elementos que desempeñan el mismo oficio. Ya hemos dicho, añade, al hablar de los pronombres personales que puede suponerse parentesco en lo que concierne a ciertos afijos pronominales del verbo. Se puede también mencionar la formación análoga de los participios en *-i* en vasco y en caucásico; es muy de notar que el prefijo *e-* o *i-* de los participios vascos en *-i* y en *-n* tiene su equivalente en georgiano y en abchaso, como también en algunas lenguas del África del Norte. Pero Trombetti da demasiado valor a estas semejanzas para establecer, sólo por ellas, parentesco.

(Pág. 579.) Que en los numerales tampoco prueba parentesco el que el vasco y la mayoría de las lenguas caucásicas tengan el sistema vigesimal; y que en las denominaciones de los números son problemáticas las semejanzas que se han querido ver entre el vasco y el caucásico, mientras son ciertas las que hay entre el vasco y el camítico.

(Pág. 580.) Que el vocabulario vasco tiene muchos puntos de contacto con el de las lenguas del África del Norte, lo que no excluye que los tenga también con el de las lenguas caucásicas; y pone a continuación una lista de 65 palabras vascas, que compara con las que se cree que les corresponden en las distintas lenguas caucásicas y de las que sólo mencionaremos las dos siguientes.

El nombre del perro, que es en vasco *zakur*, *zakhur*, *tchakur*, *tchakur*, *chakhur* (las formas con *tch* y *ch* son, dice, diminutivos aunque no se les considere como tales en muchas partes) y en checheniano *dzeli*, *zali*; en íngiloi *zaghl*; en georgiano *dzaghli*; en mingrenliano *dzogori*, y en lazo *dzogor*.

Obs. A estas voces creo que debe agregarse también el geor-

giano *kavkaveba* que significa ladrar, y además el sánscrito *kukkura*, perro, que en valenciano es *gos*; el gr. *κύων* = sánscrito *zuan* (nom. *svā*), zendo *spā*, latín *canis*, gótico *hunds*, lituano *szu*, germano *hund*. Y hasta en semita, en el árabe *kalbon* y el hebreo *caleb*, se ve el sonido gutural en el nombre de este animal.

El vasco *moko*, *mokho*, *mosko* = pico, que se compara, entre otros, con los nombres caucásicos *muhli*, *muxhli*, boca; dice que no se le debe dar mucho valor a esta comparación porque el nombre que significa *boca* comienza en muchas lenguas con *mu* (por ejemplo, sánscrito *mukha*), y que en casos como éste más que al parentesco hay que recurrir a la onomatopeya.

(Pág. 586.) Que la comparación de estos nombres no prueba parentesco lingüístico sino cuando se la pueda deducir de relaciones fonéticas fijas; y que aunque el sistema gramatical vasco, en lo que concierne a su estructura interna, presente sorprendentes analogías psicológicas con el sistema caucásico, hay que esperar a que lingüistas científicamente formados y que conozcan a fondo las lenguas caucásicas, camíticas y semíticas, nos den la solución de este problema.

Tales son, según nuestras noticias, los argumentos aducidos en la cuestión del parentesco del vasco con el caucásico, que aceptan Winkler y Trombetti, y las observaciones de Uhlenbeck que sin negarlo se coloca en posición de duda. Pero entre aquellos argumentos no hemos visto que cite nadie el que nos ha decidido a publicar este artículo, o sea el de las voces repetidas con substitución de la articulación consonante inicial de la primera por una *m* en la segunda, o la adición de esta *m* a la que se repite, si ésta comienza por vocal; coincidencia a la que se le debe dar algún valor si, como sospecho, no se halla en ninguna otra de las familias lingüísticas. Coinciden en este particular el vasco, el turco y el caucásico, lo que debe suponer alguna afinidad entre estas lenguas, ya que la existencia de las mismas locuciones en castellano debe explicarse como originaria de la lengua primitiva hispana a la que se sobrepone el latín al ser dominada la península por los romanos. Sucedió en este particular a los antiguos hispanos lo mismo que de los pelasgos nos dice Heródoto, o sea que siendo de raza y lengua distintas de la raza y lengua de los invasores, adoptaron la lengua de éstos; pero estas adopciones no se verifican sin que el pueblo invadido y sometido

do no imponga algo de su psicología lingüística en la lengua que adopta; y así como creo yo que el cambio que en Grecia y en Italia sufrió la primitiva construcción ascendente del pueblo ario, primero en construcción mixta —como se ve en el hipérbaton de las lenguas clásicas— y luego en descendente —como se ve en las neolatinas—, es debido a la sintaxis de los pueblos que dominaron los arios al invadir los territorios de ellos, así las dichas locuciones castellanas no proceden de otro origen sino de la lengua de los vascos o de los antecesores de éstos en la península.

No sé si podría también tomarse como dato en favor de esta tesis el hecho de que en georgiano se halle el sufijo *-tani* para designar nombres de países; pues aunque dice de él A. Dirr (págs. 12 y 13) que es voz extranjera, y aunque en los dos únicos ejemplos que cita, que son *arabistani*, Arabia, y *perangistani*, Francia, el sufijo es *stani* y no *tani* como dice, lo cierto es que tenemos este mismo sufijo en muchos de los nombres antiguos de las regiones de la península, como *Costestania*, *Edetania*, *Turdetania*, etc., donde puede verse el sufijo *-stani* o *-tani* + *a*, que podría ser lo que es hoy el artículo vasco.

Creo, además, que no debe rechazarse de plano, como quiere Winkler, el parentesco del vasco con el uralo-altaico y que debe admitirse dicho parentesco con alguna de las lenguas de este grupo. Además de las analogías que aduce Winkler —aunque para refutarlas en favor de su tesis— tenemos una ley fonética de muchísima importancia en esta cuestión; ley que no creo tenga el caucásico, o por lo menos no la veo en georgiano, pero sí el vasco y el turco.

Esta ley la vemos expuesta en Larramendi cuando en la página 176 de su Gramática (1) nos dice: “Ya queda advertido en la sintaxis que la negación *ez* muda la pronunciación a algunas letras, y la muda en otra semejante y parecida: v. gr., *det*, *dot*, *dáramat*, *badá*, *guera*, *guero*, *estet*, *estot*, *estáramat*, *ezpadá*, *ezquerá*, *ezquéro*, mudanza que la ocasionó la mucha semejanza que tienen en su sonido la *d* y la *t*, la *b* y la *p* (2). Esta mudanza no es universal, porque en algunas partes se escribe y se pronuncia sin mudanza alguna *ezdet*, *ezdot*.” De modo que, como se ve,

(1) *El imposible vencido. Arte de la lengua bascongada*. San Sebastián, 1853.

(2) Y debía haber añadido “y la *g* y la *k*”.

la sorda *z* impone el cambio a la muda sonora siguiente, haciéndola cambiar en sorda. Esta misma ley tenemos en turco osmanli, donde la sorda impone el cambio a la sonora con la que venga a encontrarse, según vemos en la citada Gramática de Bonelli, que dice en la pág. 22: “*isbat* se pronuncia *ispat*; *jaþdy* se pronuncia *jaþty*, y *ãsgi* se lee *ascý*.” Ley que vemos cumplirse en la flexión; así el ablativo de *dal* es *daldan*; pero el de *tas* es *tastan*.

En ario esta ley se cumple en sentido contrario, porque es la segunda consonante la que impone el cambio a la primera. Así en el caso de la *s* tenemos en latín *asper*, *estis*, *fascinus*; pero cuando es muda sonora la segunda hace ésta que la *s* cambie en sonora, que desaparece después, como vemos en ex-bibo > ez-bibo < ē-bibo; y así *tredecim* de *tresdecim*, *īdem* de *isdem*. Y este cambio, o sea la asimilación glotal que la consonante explosiva impone a la implosiva es un hecho tan natural fisiológicamente y tan general, que, como dice Juret (1), “on ne saurait le déclarer caractéristique des tendances de la langue où on le constate”. Pero en este caso tenemos, en turco y en vasco, la asimilación en sentido contrario, o sea que es la implosiva la que impone el cambio a la explosiva, hecho que, por no ser fisiológicamente tan natural, nos ha llamado siempre la atención y lo consideramos de importancia para establecer relación, que bien puede ser de parentesco, entre el turco y el vasco. Y esta ley debió cumplirse también en el habla de los antiguos pueblos de la península ibérica, como se ve en los nombres *Idu-beda* y *Oros-peda* por *Oros-beda* (2).

También creo que debe tener algún valor como prueba del parentesco de los vascos con los caucásicos el testimonio de los escritores antiguos, que tienen por un mismo pueblo a los iberos del occidente de Europa y a los del occidente de Asia, o sea a los que habitaron donde hoy habitan los vascos y los caucásicos. Testimonios que voy a exponer porque los creo de interés.

Tácito, en *Agrīpa*, II, nos dice: “Por lo demás no está bien averiguado, como sucede tratándose de pueblos bárbaros, si los primeros pobladores de la Britannia fueron indígenas o extranjeros. La conformación de su cuerpo es variada, y de ahí las conjeturas; porque la cabellera rubia de los habitantes de Caledonia

(1) *Manuel de phonétique latine*. París, 1921 (pág. 179).

(2) Véase nuestro artículo titulado “Idubeda, Calpe, Pompelón”, publicado en el BOLETÍN DE LA ACADEMIA DE LA HISTORIA, t. 100, enero-marzo de 1932.

y su estatura alta, nos afirman que son de origen germánico; así como la tez colorada de los siluros, los cabellos crespos en la mayoría de ellos y la situación de Britannia frente a Hispania hacen creer que los antiguos iberos pasaron de ésta a aquélla y fijaron allí su morada.”

El mismo Tácito en *Annales*, VI, 34: “Los iberos (de Asia) y los albanos, por habitar en países montuosos, están más acostumbrados a sufrir las incomodidades. Dicen que aquéllos proceden de los thésalos del tiempo en que Jasón, después de haber robado a Medea y tenido hijos de ella, volvió al vacío palacio de Aeeta y a la Cólquida, que estaba sin rey.”

Estrabón, en I, 3, 21, hablando de los cambios producidos en la tierra por los terremotos, dice: “A estos cambios hay que añadir los originados por las emigraciones de los pueblos... como la de los iberos de occidente, que se trasladaron a los países situados más allá del Ponto y de la Cólquida, países que el Araxes, según dice Apolodoro, separa de la Armenia.”

Dionisio el Periegeta, exponiendo en su poema geográfico las naciones ilustres de la Tierra, menciona en el verso 679, como una de ellas, “la nación oriental de los iberos que habitan el istmo, entre el Caspio y el Ponto Euxino, gente que en otro tiempo vino al oriente desde el Pirineo, llevando discordia cruel a los hombres hircanos”.

Avieno, en su *Descriptio orbis terrae*, v. 881: “El mar Caspio baña por la parte de arriba este país, que tiene más abajo al mar Euxino. En él vive el rudo hiberno, que expulsado en tiempo antiguo de la orilla de Pyrene, tuvo que huír de ella, y ocupó el suelo de la región oriental.”

Prisciano, gramático del tiempo de Justiniano, nos dice también en el v. 680 de su poema, que los iberos orientales abandonaron el elevado monte Pirineo y llegaron aquí trayendo guerra a los hircanos.

También Tucídides, en su historia, VI, 2, refiere: “Se dice que los más antiguos habitantes de Sicilia que poblaron una parte de ella fueron los cíclopes y los lestrigones, de los cuales yo no puedo decir ni la raza, ni de dónde vinieron a ella, ni adónde se trasladaron. Contentémonos con lo que cuentan de ellos los poetas y lo que cada uno quiera deducir del relato de los mismos. Después de ellos, es claro que los sicanos son los primeros que en ella habitaron, y, según ellos dicen, fueron también sus primeros

pobladores, por ser autóctones; pero lo que está averiguado como más verdadero, es: que eran iberos y que habían sido expulsados por los ligyes o ligures (de la comarca) del río Sicano, que está en Iberia; que por ellos la isla se llamó entonces Sicilia, habiéndose llamado antes Trinacria, y que habitan aun ahora la región occidental de la isla. Tomada Troya, algunos troyanos, huyendo de los aqueos, llegaron con sus naves a Sicilia; y habiéndose establecido en la vecindad de los sicanos, se llamaron todos elyimos...

Tenemos, pues, según el testimonio de los antiguos, iberos en las dos Iberias, la de Europa y la de Asia y también en la isla de Sicilia, procedentes estos dos últimos de la Iberia europea, o de la Tesalia, los de Asia, según Tácito, quien también se inclina a creer que los britanos fuesen oriundos de Hispania. Yo, que sigo creyendo en la teoría que expuse en mi discurso de recepción en la Academia de la Historia, o sea que el origen del género humano, es decir, la creación del hombre, tuvo lugar en las regiones del Polo Norte y que desde ellas se fué esparciendo hacia el Sur por toda la redondez de la Tierra, creo también que los iberos fueron una fracción de la humanidad que descendieron por la Europa, llegando en su marcha hacia el Sur a Hispania (desde donde pasaron al Africa), a Sicilia y a Tesalia e Iberia asiática. Que antes que ellos habían descendido otros pueblos y entre ellos los semitas, también por Europa, aunque más por el Asia; y que a unos y a otros se sobrepusieron, principalmente en Europa, los arios —en lo que podemos llamar la primera invasión de los bárbaros del Norte— y les impusieron su dominación y a la mayor parte también su lengua, pero no tanto en lo que a ésta se refiere, que no recibieran a su vez de ellos el cambio que sufrió su sintaxis. Los pueblos uralo-altaicos, de los cuales se había desgajado antes la rama ibera, quedaron en la faja superior del globo terráqueo, bajando algunos también hacia más al Sur. Encuentro esta explicación de las emigraciones del género humano más razonable que la que lo hace emigrar del Asia, de las llanuras de Senaar; porque, como dice Tácito en su *Germanía* 2, cree que los germanos son indígenas, porque no concibe que nadie, dejando el Asia o el África o la misma Italia, se haya trasladado a vivir a la ingrata Germania, de tan desapacible clima.

Marzo de 1933.

JOSÉ ALEMANY.